

## ¿INVENTANDO A LOS ITALIANOS? IMAGENES DE LOS PRIMEROS INMIGRANTES EN BUENOS AIRES (1810-1880)

Fernando J. Devoto\*

*In memoriam Robert F. Harney*

La idea de que buena parte de las identidades sociales puede ser concebida como una *invención* se ha abierto camino en las ciencias del hombre en la última década. Ernest Gellner pudo así hablar de las naciones como invenciones, Eric Hobsbawn y Terence Ranger de la "invención de la tradición" y más recientemente, en esa misma línea, Werner Sollors de la "invención de la etnicidad"<sup>1</sup>. En realidad, dicha invención de una identidad no necesariamente es realizada por los sujetos sociales involucrados, sino que puede ser también una creación externa a ellos, formulada por los intelectuales o los científicos sociales. Externa, aunque no siempre autónoma, ya que como Stanislaw Ossowski había subrayado en un antiguo ensayo, contrapuestos análisis de la estructura social que implicaban un diferente diseño (o invención) de las identidades sociales eran una construcción de sociólogos o filósofos sociales sobre los que operaban los mitos ideológicos imperantes en sus respectivas sociedades<sup>2</sup>. De esta forma, la invención de las identidades sociales podía ser tanto el resultado de una creación de los grupos sociales, que los investigadores registraban a través de una investigación empírica, como también, inversamente, una creación de intelectuales o científicos sociales que desde una lectura ideológica construían identidades a los efectos de justificar principios de legitimidad en las sociedades de las que formaban parte.

Detrás de la noción de invención, sin embargo, como Benedict Anderson señalara con agudeza<sup>3</sup>, pueden rastrearse en realidad dos significados y dos valoraciones muy disímiles: por un lado la de aquellos que utilizan el término en el sentido negativo de fabricación falsa, enfatizando el aspecto mítico y de enmascaramiento que conllevan dichos procesos y, por el otro, la de quienes en cambio usan la expresión en el sentido de subrayar el carácter creativo y el rol de lo imaginario en la construcción de los mismos, sin implicar

---

\* Universidad de Buenos Aires y Universidad Nacional de Mar del Plata.

<sup>1</sup> E. Gellner, *THOUGHT AND CHANGE*, Londres, Weidenfeld and Nichols, 1964; E. Hobsbawn y T. Ranger (eds.), *LA INVENZIONE DELLA TRADIZIONE*, Turín, Giulio Einaudi Editore, 1987; W. Sollors, *BEYOND ETHNICITY. CONSENT AND DESCENT IN AMERICAN CULTURE*, Oxford, Oxford University Press, 1986.

<sup>2</sup> S. Ossowski, *ESTRUCTURA DE CLASES Y CONCIENCIA SOCIAL*, Barcelona, Península, 1969, pp. 126-145.

<sup>3</sup> B. Anderson, *IMAGINED COMMUNITIES*, Londres, Verso Editions y NLB, 1983, pp. 14-15.

en ello ningún juicio valorativo explícito o implícito. Claramente Gellner, Hobsbawn y Sollors usan el término en el primero de los dos sentidos y Anderson en el segundo.

Utilizar el término *invención* en el sentido de construcción *falsa* propone en realidad establecer una división entre identidades que por alguna razón son consideradas verdaderas y otras que en cambio no lo son. Nada hay de nuevo en ello, si recordamos que ya los grandes pensadores sociales del siglo pasado partían de distinciones semejantes. Así por ejemplo, la distinción de Fourier entre grupos sociales falsos (como la familia) y otros verdaderos, o la de Toennies entre la *gemeinschaft* orgánica y la *gesellschaft* artificial, o las del marxismo entre identidades racionales como las basadas en la clase social y otras falsas como las que se apoyaban en principios nacionales o religiosos<sup>4</sup>.

En los autores contemporáneos aparecen semejantes o novedosas dicotomías. Así, en Gellner la oposición es entre pequeñas comunidades (reales) en las cuales se produce una interacción cara a cara y cualquier otra más amplia no basada en relaciones interpersonales (imaginarias); diferencia que recuerda la dicotomía de Cooley entre grupo social "primario" y "secundario". En el elusivo libro reciente de Hobsbawn<sup>5</sup>, los silencios son más significativos que las definiciones; sin embargo no es difícil percibir en ellos la vieja tradición que considera a las naciones y los nacionalismos (amplios o restringidos, coincidentes con estados existentes o no) como identidades no genuinas, probablemente irracionales y (¿ilusoriamente?) crepusculares a las cuales contraponer en forma subyacente las identidades emergentes de la posición en la estructura social de los individuos. En el inteligente libro de Sollors, a su vez, emerge una enérgica requisitoria contra la historia étnica norteamericana no desprovista de hallazgos, como las referencias al carácter constructivo y mutable de la etnicidad o a las matrices comunes y a los intercambios que alientan los mitos del *melting pot* y de la *eticidad*. Los mismos son opacados sin embargo por la unilateralidad del enfoque, en el cual subyace la creencia en el carácter irracional, incluso potencialmente fascistoide del concepto de *eticidad*<sup>6</sup>. Por otro lado, y tal vez a los efectos de construir más arquetípicamente su objeto de estudio o por su inclinación hacia los enfoques literarios, el libro hace su festín con figuras ya antiguas o de segundo plano de la historiografía étnica norteamericana (al menos en lo que concierne a los grupos europeos), sin referencias a los enfoques de los nuevos historiadores sociales que se ocupan del tema, a un Harney (citado en cambio profusamente por Hobsbawn), a un Bodnar, a una Conzen o a un Vecoli. Además, y este es el punto tal vez más importante, al pasar demasiado velozmente por sobre los presupuestos de los estudiosos adscribientes a la tesis del *melting pot* (y el contexto no sólo ideológico sino también historiográfico en el cual escribieron) sus contradictores, los historiadores étnicos, parecen a los ojos del desprevenido lector como un luchador que peleara contra su sombra, energúmenos poseídos de extravagantes y primitivas imágenes de la sociedad norteamericana.

---

<sup>4</sup> C. Fourier, LE NOUVEAU MONDE INDUSTRIEL ET SOCIETAIRE: OU INVENTION DU PROCÉDÉ D'INDUSTRIE ATTRAYANTE ET NATURELLE DISTRIBUÉE IN SERIES PASIONÉES, citado por R. Cavallaro, SOCIOLOGIA DEI GRUPPI PRIMARI, Roma, Liguori Editore, 1975, p. 27; F. Toennies, COMUNIDAD Y ASOCIACION, Barcelona, Península, 1979, pp. 33-109; K. Marx-F. Engels, LA IDEOLOGIA ALEMANA, B. Aires, Ediciones Pueblos Unidos, 1973, pp. 19-51.

<sup>5</sup> E. Hobsbawn, NATIONS AND NATIONALISM SINCE 1780, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, pp. 163-183.

<sup>6</sup> W. Sollors, op. cit., cap. I.

El libro de Sollors y su éxito dan cuenta sin embargo de un retorno en las modas historiográficas norteamericanas de la historiografía asimilacionista o del *consenso*. Ante ese hecho, los estudiosos de los grupos étnicos parecen haberse decidido a recuperar también ellos el concepto de *invención*. El *rapport* al Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Madrid del grupo estadounidense es un ejemplo<sup>7</sup>. Sin embargo, el uso que allí se hace del término *invención* refleja más aquel segundo sentido no valorativo que el primero que era el implícitamente utilizado por Sollors, al menos en el libro citado, ya que en el Introducción a una compilación posterior el enfoque es mucho más ambiguo y matizado<sup>8</sup>.

Una segunda diferencia puede cotejarse comparando la propuesta de los colaboradores del *rapport* citado: éstos, tras una rápida introducción en la cual despliegan el concepto, retornan a una aproximación desde la historia social (y no desde la historia cultural como Sollors) al estudio de la etnicidad. Aproximación desde la historia social significa no sólo un problema de método sino también un problema de fuentes. En la obra de Sollors la etnicidad es analizada a través de fuentes que podríamos llamar genéricamente literarias. Ellas son amplias y para un lector no norteamericano tan curiosas como para incluir desde las caricaturas humorísticas del *New Yorker* hasta el film *ET* de Spielberg (¿podríamos imaginar a un historiador italiano usando como fuente el suplemento "Satyricon" de *La Repubblica* o los *spaghetti westerns*?). Ciertamente no se trata de un enfoque "desde abajo" o desde la perspectiva de las clases subalternas, como se solía decir hace algunos años, sino de una lectura que pretende comprender la sociedad desde un conjunto de textos acerca de cuya representatividad podían y pueden abrigarse legítimas y razonables dudas.

En realidad, en este uso de los textos literarios, tan congenial por lo demás al enfoque de la *invención*, hay ciertamente un signo de los tiempos historiográficos. Es la transformación del documento en monumento. Antes las fuentes nos informaban (*docere*) sobre una realidad y estaban sometidas a todo tipo de críticas, puestas a punto por la antigua historiografía erudita y continuadas (sin proclamarlo) por la *nouvelle histoire*; luego, en el último veintenio, con la emergencia de la historia de las mentalidades y del imaginario, la fuente nos informa más sobre el sujeto que la emite que sobre la realidad que describe. La fuente no nos dice, sino que nos recuerda (*monere*). La historiografía y la literatura étnica no nos informan ya sobre aspectos de la realidad social sino que devienen una fuente para estudiar a los productores (o inventores) de la etnicidad: los intelectuales. Esta circulación entre intelectuales e imágenes por ellos construidas se articula con la realidad social a través de la presunción de que el discurso sobre la realidad crea a la realidad (o en otros términos que la realidad no existiría independiente del discurso que la nombra). Se establece así un diálogo autocontenido entre historiadores, élites letradas e imágenes por ellos creadas y el éxito (o los alcances) del proceso de construcción de una "parentela simbólica", que sería un grupo étnico se da por supuesto. Y ello tanto que se considere ese proceso como logrado (desde los *pluralistas culturales*) o fallido (desde los historiadores de la asimilación y el consenso). Sobre este punto, una pequeña historia narrada por el escritor argentino Jorge Luis Borges puede sernos de utilidad descriptiva. En su afán por criticar a tantos estudiosos

---

<sup>7</sup> K. Conzen, D. Gerber, E. Morawska, G. Pozzetta, R. Vecoli, "The Invention of Ethnicity: a Perspective from USA", *ALTREITALIE*, 3, abril 1990, pp. 37-62.

<sup>8</sup> W. Sollors (ed.), *THE INVENTION OF ETHNICITY*, New York, Oxford University Press, 1989, pp. IX-XIX.

de la lengua que sostenían que un modo local de argot (el lunfardo) era la lengua hablada por los sectores populares de Buenos Aires a principios de este siglo, Borges sostenía que en realidad esa lengua era una "invención" de poetas e intelectuales y que los compadritos de las orillas de la ciudad no sólo hubieran sentido extraños los términos consignados en los diccionarios de lunfardo sino que difícilmente los hubieran comprendido. A este propósito al autor de "El Aleph" le gustaba recordar una expresión de otro novelista de Buenos Aires, Roberto Arlt, procedente de un ambiente social muy diferente al suyo, quien sostenía irónicamente que habiendo nacido en un barrio popular y entre gente pobre, y por tanto habiendo debido trabajar desde joven para ganarse el sustento nunca había tenido tiempo para estudiar el lunfardo<sup>9</sup>. No es improbable que en forma semejante hubieran podido responder un inmigrante de Calabria que habitaba en la *Mulberry Street* en Nueva York u otro de Génova que habitara en la calle Olavarría en el barrio de la Boca, si los hubieran interrogado acerca de los supuestos símbolos de su identidad étnica que contemporáneamente construían los intelectuales. Cuando el historiador intenta conocer la identidad étnica de los primeros a través de las imágenes construidas por estos últimos realiza una operación cuanto menos discutible.

Distinto era el uso que de aquellos textos producidos por las élites inmigrantes hacía Robert Harney. En su notable artículo "Chiaroscuro: gli italiani a Toronto tra il 1885 e il 1945" emergía un motivo clásico de los historiadores sociales: la ambigüedad de las imágenes que de una comunidad inmigrante se forjaban los notables<sup>10</sup>. En la búsqueda de conocer la vida de los inmigrantes, Harney era llevado a la vez a enfatizar las distorsiones de las imágenes provistas por las élites letradas y a utilizarlas, ya que pese a ello, demasiado a menudo eran las únicas fuentes disponibles. La metáfora del *chiaroscuro* estaba muy cerca de otra imagen, la del espejo opaco sobre la cual una realidad se refleja imprecisa y distorsionada. Claro que en una visión de esta naturaleza subyace también otro presupuesto opuesto: el de la autonomía relativa de la cultura de la masa migrante. Cultura que es percibida como una construcción si no pura al menos originaria y no como resultado de la aceptación pasiva de imágenes filtradas desde arriba hacia abajo de la estratificación social.

Más allá de la discusión acerca de la relación y/o la circularidad existente entre cultura de una élite nativa o inmigrante y la anónima masa de expatriados, el problema puede también verse desde otro ángulo. ¿Cuál era la real centralidad del universo simbólico basado en lealtades amplias y no derivadas de las redes de relaciones primarias? O en otros términos, en el conjunto de identidades que un inmigrante poseía o adquiría, ¿qué papel desempeñaban las "parentelas simbólicas" sea que se basaran en mitos surgidos en la nación de recepción o en otros vinculados con la nación de origen?

En realidad otra novedad historiográfica de los ochenta es la aceptación de la coexistencia de distintas identidades en los sujetos sociales. Proletario, italo-argentino, italiano, genovés o varazzino: he ahí un conjunto de posibles identidades de un inmigrante de Varazze. El sano eclecticismo de la admisión de la pluralidad no resuelve sin embargo el problema de cuál o cuáles orientan más decisivamente la acción de los sujetos considerados. En este sentido es claro que el problema no puede ser de ningún modo resuelto

---

<sup>9</sup> J.L. Borges, "El informe de Brodie", en OBRAS COMPLETAS, B. Aires, Emecé, 1974, p. 1022.

<sup>10</sup> R. Harney, "Chiaroscuro: gli italiani a Toronto tra il 1885 e il 1915", en DALLA FRONTIERA ALLE LITTLE ITALIES. GLI ITALIANI IN CANADA, 1800-1945, Roma, Bonacci Editore, 1984, pp. 214-236.

desde las fuentes literarias, y una indagación de la forma de operar de las redes de sociabilidad analizadas a través de aquellos antiguos esquemas "estructurales" tipo elección de domicilio, ocupación o cónyuge pueden decirnos también mucho acerca del universo de creencias de los inmigrantes, y de la forma en que esas creencias definen un "nosotros" colectivo a contraponer a uno o varios "ellos". Igualmente útiles y más directas son las perspectivas provistas por cartas o entrevistas que recojan la propia perspectiva del sujeto.

La presente comunicación no estudiará sin embargo estas dimensiones. Intentará realizar una aproximación muy preliminar e inevitablemente limitada a ese universo de imágenes construido en torno a los inmigrantes italianos en la Argentina en el período temprano, deteniéndose en la posible tensión existente entre imágenes provistas por las fuentes literarias, políticas o administrativas, con aquellas que emergen de las redes sociales primarias y en las imágenes externas al grupo que emergen desde la sociedad local. Hace muchos años ya Everett y Hellen Hughes entre otros<sup>11</sup>, habían observado cómo la cuestión de la identidad no era el resultado sólo de la elección de los individuos, de sus creencias, de su sentido de pertenencia. El "nosotros" era construido también externamente por los otros, quienes establecían límites, demarcaban por así decir las identidades sociales. En otras palabras la identidad era no sólo un problema de autoimagen sino uno de atribución. Con los años la historiografía osciló hacia una aproximación más subjetivista de los procesos sociales otorgando prioridad en la explicación social a la perspectiva construida por el sujeto<sup>12</sup>. El énfasis en la historia oral y en las cartas de inmigrantes es un reflejo de ello. Lo que aquí buscaremos indagar, en un contexto de penurias de documentos que recuperen sin mediaciones las posiciones de los grupos subalternos, es la tensión entre imágenes internas y externas, entre pertenencia y adscripción, o si se prefiere entre tradición e invención en las dinámicas identidades de los primeros inmigrantes a la Argentina procedentes de la península italiana. Para hacerlo, utilizaremos sólo el itinerario de un único aspecto de esas complejas identidades sociales: cómo ella se manifiesta en relación con el problema de la pertenencia a un espacio territorial, jurídico o cultural.

### *Nación y Región en imágenes y autoimágenes de los primeros inmigrantes*

Es bien conocida la presencia de personas de apellido italiano en la Primera Junta de Gobierno independiente que se estableció en Buenos Aires en 1810. ¿Detrás de los apellidos había una idea precisa acerca de formar parte de una cierta identidad diferente? Veamos el caso del más notorio, Manuel Belgrano. Hijo de un comerciante genovés, no encontraba en ese origen ningún motivo de particular interés. En su *Autobiografía*<sup>13</sup>

---

<sup>11</sup> F. y H. Hughes, *WHERE PEOPLES MEET: RACIAL AND ETHNIC FRONTIERS*, Glencoe, Illinois, Free Press, 1952, p. 156.

<sup>12</sup> G. Noiriel, "Pour une approche subjectiviste du social", *ANNALES E.S.C.*, 44, 6, nov-dic 1989, pp. 1435-1460.

<sup>13</sup> M. Belgrano, "Autobiografía del general don Manuel Belgrano que comprende desde sus primeros años (1770) hasta la revolución del 25 de mayo", en *BIBLIOTECA DE MAYO*, B. Aires, Senado de la Nación, 1960, II, p. 955.

dedicaba apenas un párrafo a recordar el lugar de nacimiento de su padre, castellani. Indolo (Onella por Oneglia). Este genovés, por lo demás, que seguramente no había venido al Río de la Plata para propagandizar los méritos de su cultura de origen sino para aprovechar las oportunidades que la economía local ofrecía (y ello se percibe en que modificó su segundo apellido Peri por Pérez), debiendo decidir a dónde enviar a realizar estudios universitarios a su hijo, eligió Salamanca y no Génova. De la nacionalidad de su padre, Belgrano sólo parece haber utilizado una cierta familiaridad con la lengua italiana que le permitiría estudiar a los economistas napolitanos del *settecento*.

Se podría argumentar, sin embargo, que distinta sería la actitud de la primera generación para la cual la relación con la cultura de origen era parte de su experiencia vivida" y no una recuperación simbólica posterior. Ello no era empero cierto en todos los casos, al menos en lo concerniente a la identidad proclamada. El ingeniero saboyano Carlo Pellegrini, que siendo estudiante en Turín había participado de la fallida revuelta piemontesa de 1821 y tras un periplo parisino había llegado a Buenos Aires contratado en 1828, pese a sus antecedentes nunca se sintió atraído por la "italianidad"<sup>14</sup>. Ni él ni su hijo, el futuro presidente de la Argentina, tuvieron nunca muchas relaciones con la comunidad italiana; más aún, enfatizaron en todo momento su origen francés (lo que en la Buenos Aires del siglo XIX era funcional a una estrategia de movilidad social), olvidando no sólo la antigua militancia política *risorgimentale* sino el hecho de que cuando aquél había migrado Saboya pertenecía al reino sardo.

Un caso inverso es en cambio el de un rico comerciante, Antonio Demarchi, originario del Cantón Ticino. Para convertirse en Canciller del Cónsul de Piamonte y Cerdeña en Buenos Aires, apelaría a su pertenencia a una comunidad cultural si no italiana al menos sarda. Con los años volvería a revalorizar su identidad jurídica a los efectos de convertirse en cónsul de la Confederación Suiza en Buenos Aires. Años más tarde sería a la vez fundador de la Sociedad Filantrópica Suiza, que promovía la inmigración helvética a la Argentina y miembro del comité promotor del Hospital Italiano en Buenos Aires<sup>15</sup>. Las coexistentes identidades italiana y suiza eran también en este caso funcionales a la estrategia del sujeto.

Es posible que casos como Pellegrini y Demarchi fueran más excepcionales que normales. Sin embargo, han sido colocados aquí para recordar que aún entre inmigrantes de élite el problema de la identidad está plagado de ambigüedades, más allá de las que nos ha acostumbrado a percibir una abundante literatura sobre la presencia de mazzinianos y garibaldinos en el Río de la Plata en los que el mito nacional de la *Giovane Italia* era una fuerza intensamente operante. En éstos, la nacionalidad italiana no era sólo una identidad simbólica a la cual adscribir sino también una práctica militante. Sin embargo, y este punto también ha sido señalado por Harney<sup>16</sup>, aunque el móvil inicial de la emigración de estos exiliados no había sido ganar el pan cotidiano, esta necesidad se les imponía rápidamente, y ganar el pan cotidiano devenía para muchos de ellos una tarea no menos importante que

---

<sup>14</sup> E. Zuccarini, *IL LAVORO DEGLI ITALIANI IN ARGENTINA DAL 1516 AL 1910*, B. Aires, Compañía General de Fósforos, 1910, p. 295.

<sup>15</sup> D. Petriella-S. Sosa Miatello, *DICIONARIO BIOGRAFICO ITALO-ARGENTINO*, B. Aires, Asociación Dante Alighieri, 1976, pp. 240-241.

<sup>16</sup> R. Harney, *DALLA FRONTIERA...*, cit., 268.

la prédica nacionalista. El principal intelectual mazziniano en el Plata, G.B. Cuneo, dividía sus esfuerzos entre sus tareas como dependiente de un comercio y las aspiraciones de publicar un periódico<sup>17</sup>; no diversamente de un famoso emigrado posterior, el anarquista Enrico Malatesta, dividido también entre la publicación de un periódico y la gestión comercial de una tipografía. En otros casos, la tarea de hacer la América había sustituido completamente a las ambiciones políticas. Ello era bastante común por lo demás en el Buenos Aires del dictador Juan Manuel de Rosas (1835-1852), en el cual el espacio para manifestaciones políticas que no fueran de sostén al gobierno eran muy peligrosas. En ese período, bien podía ser más útil disminuir los fervores republicanos e intentar aprovechar las ventajas, la respetabilidad (y eventualmente la protección) que podía brindar el muy monárquico Consulado del reino de Piamonte y Cerdeña establecido en la ciudad en 1838. Surgían así, dos puntos de referencia contradictorios en tanto proponían por un lado una identificación posible con una estructura estatal existente (el reino de Piamonte y Cerdeña) y por el otro con una entidad ideal (Italia) que por entonces era sólo un proyecto de futuro.

La Argentina de la primera mitad del siglo XIX no estaba sin embargo poblada por peninsulares arribados por motivos políticos, ni por personas pertenecientes a esos imaginarios estratos medios o al menos calificados que muchos han señalado como la característica de la emigración europea de esos años (y que la habría distinguido de la posterior)<sup>18</sup>. Desde los años treinta, también estaba llegando a la Argentina un considerable número de lígures que no habían sido expulsados por motivos políticos sino que buscaron aprovechar las posibilidades existentes para los extranjeros en la navegación fluvial y en la construcción y en la reparación de naves de pequeño calado. ¿Qué identidad creían poseer esos trabajadores manuales lígures? ¿Cómo operaban sobre ellos aquellos puntos de referencia externos, el ideal (Italia) y el real-concreto (Piamonte); subsumían o reemplazaban otras identidades locales o regionales?

La respuesta a estas preguntas es tal vez demasiado conjetural ya que no disponemos de cartas, memorias o autobiografías que nos permitan conocer la opinión de los anónimos trabajadores inmigrantes. Ciertamente, podemos apelar al testimonio de los otros, tratando de discernir la realidad de aquellas imágenes provistas por el espejo opaco. Ante todo, podemos acercarnos al problema de la identificación con el reino de Piamonte y Cerdeña. El cónsul sardo en Buenos Aires nos ha dejado abundantes testimonios en su correspondencia diplomática. Exasperado, se quejaba amargamente de esos genoveses que demostraban una completa indiferencia cuando no hostilidad hacia el agente consular recurriendo sólo en caso de tener que cumplir trámites jurídicos o administrativos<sup>19</sup>. Esa enemistad era según la lectura que el cónsul hacía el resultado del primitivismo de esos inmigrantes, de su hostilidad a la casa de Saboya o del hecho de tratarse en casi todos los casos de criminales o desertores con cuentas pendientes con la justicia sarda. Sin embargo, cuando el barón Picolet d'Hermilion abandona sus prejuicios de funcionario diplomático y se dedicaba, él o su secretario, a la tarea de cónsul de Marina, registrando la compraventa de naves, aparecían

---

<sup>17</sup> G.B. Cuneo a Carlo (Lefebvre), 22 junio 1851, en Archivio Civico Istituto Mazziniano, Génova, c. 66.

<sup>18</sup> J. Bodnar, *THE TRANSPLANTED: A HISTORY OF IMMIGRANTS IN URBAN AMERICA*, Bloomington, Indiana University Press, 1985, pp. 20-43.

<sup>19</sup> E. Picolet d'Hermilion a Solaro della Margherita, Reporte, 3 julio 1836; 30 enero 1838, en Archivio di Stato di Torino (en adelante AST), Consolati Nazionali, B. Aires, I, 1835-1841.

otras posibles explicaciones para estas diferencias. Al revisar los protocolos notariales, al cónsul le parecía necesario dejar constancia en el acta que había traducido su contenido en lengua vulgar genovesa para que pudiera ser comprendido por los presentes<sup>20</sup>, y ha sido sostenido muchas veces hasta qué punto una identidad nacional se apoya en una identidad lingüística.

Por lo demás, es bastante claro que una identificación con el reino de Piamonte y Cerdeña era bastante improbable por otros motivos más generales. En primer lugar, porque las monarquías del Antiguo Régimen europeo, pese a que poseían metas centralizadoras en lo administrativo y en lo político, difícilmente se plantearan misiones o tareas de nacionalización ideológica (o si se prefiere simbólica) de sus súbditos. El moderno nacionalismo, es decir la imposición de un conjunto de mitos y creencias políticas o culturales (a través de la escuela, las fiestas públicas o la guerra) a los habitantes de un territorio, destinados a lograr una adhesión explícita a un estado-nación, fue una práctica inaugurada por la Francia revolucionaria de 1789 y una tarea que desarrollarán los estados modernos europeos recién a partir de la segunda mitad del siglo XIX<sup>21</sup>. Por lo demás, un habitante de la Liguria había sido incorporado hacía demasiado poco tiempo a ese conglomerado político sardo como para haber desarrollado espontáneamente (en base al modelo de los poderes mágicos o taumaturgicos de las monarquías) alguna forma de adhesión a la casa reinante. Más aún, probablemente los piamonteses y su monarquía pudieran verse como extranjeros, incluso rapaces u hostiles. No deberíamos ir demasiado lejos tampoco en este punto. Una extraordinaria anécdota narrada por el vizconde La Marmora, ministro de Carlos Alberto, durante su visita a Cerdeña en 1823 es a este respecto bien reveladora<sup>22</sup>. Arribado a un pequeño pueblo en el centro de la isla y requiriendo caballos de repuesto en base a la documentación que alegaba encontró serias resistencias por parte del alcalde del lugar. Logrando tras una exhibición de fuerza conseguir los caballos se sentiría espetar por el alcalde sardo la amenaza de que él dirigiría una protesta al rey de España. Como observa maravillado La Marmora, el alcalde no se había enterado de que Cerdeña había dejado de pertenecer al dominio español en 1720, ¡un siglo antes!

Si la adhesión al reino de Cerdeña y Piamonte como identidad es fácilmente descartable, lo es menos el problema de saber en qué medida los mitos nacionales italianos habían o no influido sobre esos emigrantes genoveses. Nuevamente, la penuria de las fuentes, agravada en este caso por la escasez de testimonios republicanos disponibles, hace difícil una respuesta cierta. Sin embargo, podríamos apelar a una fuente indirecta como es la declaración de identidad originaria que hacían los inmigrantes genoveses en el momento de contraer matrimonio en una de las parroquias de la ciudad de Buenos Aires<sup>23</sup>. Con algunas debidas precauciones, basadas en un análisis comparativo, podríamos sostener que

---

<sup>20</sup> AST, Consolati di Marina, Buenos Aires, 1844-1859, Rapporti, 25 mayo 1844; 1 enero 1850.

<sup>21</sup> E. Hobsbawm y T. Ranger (eds.), op. cit., pp. 8-17; P. Nora, "Nazione", en F. Furet-M. Ozouf, DIZIONARIO CRITICO DELLA RIVOLUZIONE FRANCESE, Milán, Bompiani, 1988, pp. 723-733; R. Labrousse, ENSAYO SOBRE EL JACOBINISMO, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1946, pp. 78-107.

<sup>22</sup> A. de La Marmora, ITINERAIRE DE L'ILE DE SARDAIGNE, Turín, Frères Bocca, 1860, p. 147.

<sup>23</sup> MATRIMONIOS DE LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE LA INMACULADA CONCEPCION DE BUENOS AIRES, 1737-1865, B. Aires, Fuentes Históricas y Genealógicas Argentinas, 1988, pp. 284-405.



la declaración que consta en las actas matrimoniales parroquiales no refleja el punto de vista de los párrocos sino lo que espontáneamente declaraban los contrayentes masculinos. En nuestro caso, el elenco sucesivo de actas en las cuales cónyuges con apellidos claramente lígures declaraban ser naturales de Génova o de Italia revela cómo era el párroco quien anotaba lo declarado y no quien atribuía la identidad.

Por lo demás, comparando las declaraciones de los súbditos sardos con los franceses en el período 1824-1851, observamos que mientras en este último caso, en cinco de cada seis casos el contrayente aparecía como natural de Francia (y en el restante, en cambio, aparecía la referencia a un lugar más restringido, Marsella, Tolón, etc.), sólo uno de los 85 hombres de origen peninsular declaraba ser originario de Génova, Cerdeña. ¿Qué declaraban en cambio como identidad de origen los contrayentes masculinos procedentes de Liguria que realizaron el acto en la Parroquia de la Inmaculada Concepción de Buenos Aires? Mientras 15 declaraban ser naturales de esa entidad ideal, Italia, 68 se definían originarios de Génova -y por lo que sabemos por otras fuentes con relación a la distribución regional de los lígures en Buenos Aires en fecha temprana, esto indica una identidad regional y no necesariamente el nacimiento en la ciudad principal-, uno de Savona y otro de "Albenga, Italia". Los pocos no procedentes de Liguria (cinco) no se identificaban tampoco con Italia. Salvo uno procedente de "Mondoví, Italia", los restantes se definían naturales de Roma, Nápoles, Turín y Sicilia.

Lo que esta fuente indirecta nos sugiere es entonces que al menos hasta 1852, fecha de la caída de Rosas y momento del arribo a Buenos Aires de muchos exiliados republicanos que hasta entonces residían en Montevideo, el ideario nacional republicano no había penetrado masivamente en los emigrantes anónimos de Buenos Aires, al menos como para convertir a Italia no ya en la identidad excluyente sino siquiera en la primera a declarar en el momento de un rito de pasaje.

El problema adquiere nuevos significados y se carga de ambigüedades si en vez de detenernos en la imagen que los inmigrantes tenían de sí mismos, indagamos en las que tenían los observadores externos. Al hacerlo, se comprueba rápidamente que las percepciones de éstos se orientaban mayoritariamente en un sentido contrario al que emergía de la autoimagen de los peninsulares. El observador externo tendía a utilizar la expresión *italianos* para referirse a ellos, aunque Italia no fuese una realidad jurídico-política aún existente. Así por ejemplo, en el caso de los numerosos viajeros ingleses que por razones militares o comerciales recorrían la Argentina durante la primera mitad del siglo XIX. El teniente L. Mackinnon, el comerciante W. MacGann o el cónsul W. Parish, dejaron opiniones coincidentes: todos aquellos lígures que encontraban en Buenos Aires o en las pequeñas ciudades costeras del río Paraná eran elencados invariablemente como italianos<sup>24</sup>. Y si bien Parish habla permanentemente sólo de grupos nacionales, MacGann se detiene en cambio a menudo en otros grupos regionales. "Como residentes extranjeros hay varios italianos y algunos pocos vascos" señala al describir la población del pueblo de San Nicolás de los

---

<sup>24</sup> W. Parish, BUENOS AIRES Y LAS PROVINCIAS DEL RIO DE LA PLATA, B. Aires, Solar/Hachette, 1958; L. B. Mackinnon, LA ESCUADRA ANGLO-FRANCESA EN EL PARANA, 1846, B. Aires, Solar/Hachette, 1957; W. MacGann, VIAJE A CABALLO POR LAS PROVINCIAS ARGENTINAS, B. Aires, Solar/Hachette, 1969.

Arroyos<sup>25</sup>. Del mismo modo se expresaba Mackinnon con relación a los habitantes de Montevideo: "El resto de la población estaba formado por vascos, por italianos y negros libertos"<sup>26</sup>. En ambos casos parece curiosa esa delimitación de un grupo vasco y en cambio una subsumisión del grupo genovés.

De todas formas esa imagen de italianos aplicada a inmigrantes que por entonces procedían en un 90% de la región ligure y que, hasta donde las fuentes utilizadas nos permiten afirmarlo, se autoidentificaban como tales, no era patrimonio sólo de los otros europeos residentes o en tránsito en el Río de la Plata: también otras fuentes procedentes de las élites nativas los describen mayoritariamente como tales. Así por ejemplo, *La Gaceta Mercantil* de septiembre de 1830 describía el ataque a una goleta en el Río de la Plata por otra embarcación integrada por "dieciocho marineros italianos"<sup>27</sup>. En forma semejante se expresaba por ejemplo Sarmiento desde su exilio en Chile, en 1844, cuando se refería a los progresos de la inmigración en Argentina, describiendo entre los grupos que comenzaban a poblarla a los italianos<sup>28</sup>.

### *Construcción (y súbita fragmentación) de una imagen nacional*

Los años sucesivos a la caída de Rosas en 1852 no revelan cambios necesariamente rápidos en las autoimágenes que pueden suponerse analizando las declaraciones de los contrayentes de matrimonio en la parroquia de Concepción. Sin embargo, en el análisis de las orientaciones ideológicas perceptibles entre las élites letradas de origen peninsular, se hace fuerte un discurso sobre la italianidad que se materializa además en la creación de una serie de instituciones. Ellas simbolizan tanto la pervivencia del clima de exaltación patriótica posterior a 1848 como la nueva situación existente en un Buenos Aires convertido ahora en una meta privilegiada para los exiliados políticos republicanos residentes en Montevideo o procedentes de Italia, con posterioridad a cada oleada revolucionaria fracasada. Y si Buenos Aires deviene un lugar principal de atracción para garibaldinos y mazzinianos, ello se deberá también a los estrechos lazos que unían a buena parte de ellos con las nuevas élites locales dominantes en la ciudad. Lazos que habían sido anudados en los largos y difíciles años del común exilio y de la lucha contra la dictadura de Rosas. Como uno de los nuevos hombres fuertes de Buenos Aires, Bartolomé Mitre, había sostenido ya en 1844 en su correspondencia con G.B. Cuneo, era la común nostalgia hacia las dos patrias (la italiana y la argentina) mancilladas lo que unía en un destino común a mazzinianos peninsulares y unitarios

---

<sup>25</sup> MacGann, op. cit., p. 219 y 254.

<sup>26</sup> L.B. Mackinnon, op. cit., p. 222.

<sup>27</sup> LA GACETA MERCANTIL, 20 septiembre 1830, citado por J. Irazusta, VIDA POLITICA DE JUAN MANUEL DE ROSAS A TRAVES DE SU CORRESPONDENCIA, B. Aires, Trivium, 1970, II, p. 51.

<sup>28</sup> D.F. Sarmiento, "Inmigración y colonización", en OBRAS COMPLETAS, B. Aires, Luz del Día, 1951, XXIII, p. 161.

argentinos<sup>29</sup>.

En ese contexto de primer apogeo de la italianidad en Buenos Aires en el decenio 1852-1861 florecerían un conjunto de iniciativas institucionales que cristalizaban esas aspiraciones a fortalecer una imagen nacional unitaria de los habitantes de los distintos estados de la península italiana. Nacían así las primeras empresas periodísticas en lengua italiana, una legión militar, una logia masónica italiana y, sobre todo, las primeras instituciones nacionales: la Comisión para la creación del Hospital Italiano de Buenos Aires y la primera asociación mutual, *Unione e Benevolenza*. La Comisión del Hospital reflejaba muy bien los nuevos vientos: de ella participaría no sólo el cónsul de Piamonte y Cerdeña sino también el cónsul del Reino de las Dos Sicilias<sup>30</sup>. *Unione e Benevolenza*, a su vez, nacida en 1858, se declaraba militante de la causa de la Unidad italiana y, al menos entre sus fundadores el propósito nacionalista (en el sentido de propaganda y sostén al proceso de Unidad de Italia) tenía la primacía frente al asistencialismo<sup>31</sup>.

Juzgar la capacidad de penetración de ese ideario italiano en los migrantes peninsulares de Buenos Aires es una empresa dificultosa. Consideremos a la entidad que reunía un universo social más amplio y que proponía objetivos más explícitamente políticos: *Unione e Benevolenza*. Si hemos de juzgar por el número de socios que la entidad conseguiría en poco menos de cuatro años (de los 57 iniciales se pasó a 2.634) diríamos que el éxito fue clamoroso<sup>32</sup>. Sin embargo, es difícil dilucidar en qué medida la inscripción a la sociedad significaba una adhesión explícita a sus propósitos políticos o una participación en los ritos patrióticos que la entidad realizaba recurrentemente, o si, en cambio, se trataba tan sólo de una pragmática utilización de los servicios de cobertura social que la entidad brindaba. Sin embargo, aun colocando esta última hipótesis como la más probable, parece difícil suponer que una tan obsesiva y recurrente insistencia acerca de la italianidad, en los símbolos utilizados, en los documentos escritos producidos, en la forma de adornar los locales, etc., no ejerciera su influencia sobre aquellos miembros anónimos obligados de todas formas a visitar el local de la sociedad y a utilizar documentación por ella provista. ¿Bastaba ello para hacer emerger una segunda identidad junto a la primera, más aún, quizás hasta en conflicto con aquella dimensión regional antes señalada? La respuesta aunque incierta puede ser afirmativa si a esa presión desde las instituciones y las élites italianas (que de todos modos es bueno recordar que no afectaban a todos los inmigrantes ya que una cantidad significativa no formaba parte de ninguna asociación italiana) le agregamos aquella que emergía desde las élites nativas.

Es abrumadoramente evidente que aquella percepción desde afuera de los inmigrantes peninsulares como "italianos" se refuerza en esos años cincuenta y ello es así si analizamos un destacado periódico local como *La Tribuna* o recogemos las opiniones de

---

<sup>29</sup> B. Mitre a G.B. Cuneo, 24 febrero 1839, citado por S. Candido, "Quattro Lettere Inedite di Bartolome Mitre a Italiani Esuli in America: G.B. Cuneo e Luigi Rosetti", en ESTUDIOS SOBRE EL MUNDO LATINOAMERICANO, Roma, Centro di Studi Americanisti, 1981, pp. 136-137.

<sup>30</sup> "Memoria sugli Ospedali Sardi a Montevideo e Buenos Aires (1854)", en Archivio Storico Ministero degli Affari Esteri, Roma, Regno Sardegna, Serie Prima (Gabinetto Particolare), b. 208.

<sup>31</sup> E. Zuccarini, op. cit., pp. 370-373.

<sup>32</sup> Archivo *Unione e Benevolenza*, REGISTRO DE SOCIOS (1858-1862).

los principales hombres políticos argentinos<sup>33</sup>. Más interesante puede ser apelar a una fuente aparentemente más neutra como eran las declaraciones transcritas por los censistas de los habitantes residentes en Buenos Aires en 1855.

Uno de los avances de la historiografía de los últimos tiempos ha sido la capacidad de poner en discusión los modelos y preceptos que yacen en toda clasificación terminológica presente en las fuentes estadísticas. Hasta cierto punto puede sostenerse que la ideología administrativa presente en las clasificaciones censales refleja una imagen *a priori* consolidada y, lo que es más importante, difusa, en los grupos dirigentes acerca de cómo deben ser catalogadas las personas a censar<sup>34</sup>. Pues bien, los censistas de dos distritos de la ciudad de Buenos Aires que hemos estudiado (Balvanera y Barracas) son unánimes en catalogar a los residentes en ellos procedentes de la península como italianos<sup>35</sup>. Que se trata de una decisión del censista y no del declarante emerge con claridad de la uniformidad de la manifestación. Y sea que se trate de una percepción común a los ocho censistas diferentes, cuyas cédulas hemos consultado o de las instrucciones comunes que de los organizadores aquellos recibieran, en cualquier caso el resultado es semejante. La percepción difundida entre las élites nativas atribuía a todos estos migrantes, al lado de la declaración de su lugar de origen (Varazze, Recco, Mondoví o Palermo), una nacionalidad entonces jurídicamente inexistente: la de "italiano".

Tantas insistentes apelaciones a la italianidad que un migrante peninsular recibía de parte de las élites italianas, en ocasión de su participación en las instituciones formales o simplemente en fiestas u otras actividades sociales en las cuales los temas patrióticos tenían siempre un espacio reservado, no pueden no haber ejercido influencia en las identidades de los mismos. Es posible entonces que junto a la identidad regional emergiera una identidad nacional italiana alimentada por la rutina administrativa y por la mitología patriótica que alcanzará su paroxismo durante el período de conformación del reino de Italia entre 1859 y 1861. Concluida la primera etapa de la unificación en 1861, surgía ahora un punto de referencia jurídico-territorial explícito.

La unanimidad que consignan los registros de matrimonios de la Iglesia de la Concepción la inutilizan como fuente para percibir las declaraciones de los contrayentes ya que la uniformidad absoluta que se registra a partir de 1861 sólo puede deberse a que el nuevo párroco atribuía la identidad y no la recogía. Sin embargo, el hecho de que todos fueran ahora anotados como "italianos" refleja adicionalmente la extensión de la percepción de un grupo nacional entre los nativos. Difícilmente sin embargo, esa nueva identidad amplia subsumía o reemplazaba la identidad regional o paisana preexistente. Ante todo porque esa identificación nacional no incluía el compartir otros símbolos de la identidad común como una misma experiencia vivida en origen o una misma lengua. Del mismo modo, en el aspecto religioso, la adhesión diferenciada regional o aldeana a distintas figuras del abigarrado santoral mediterráneo proveían otro elemento diversificador. En la mayoría de los casos puede suponerse que la identidad italiana común era una *invención* de un supuesto

---

<sup>33</sup> N. Cuneo, STORIA DELL'EMIGRAZIONE ITALIANA IN ARGENTINA, 1810-1870, Milán, Garzanti, 1940, pp. 137-189.

<sup>34</sup> M. Gribaudi, A. Blum, "Des catégories aux liens individuels: l'analyse statistique de l'espace social", ANNALES E.S.C., 45, 6, nov-déc 1990, pp. 1365-1367.

<sup>35</sup> Archivo General de la Nación, B. Aires, Censo de 1855, Cédulas Censales, Barracas al Norte y Balvanera.

pasado mítico común, construida en la sociedad de recepción y no traída desde la tierra de origen. Nada hay de extraño en ello, muchas lealtades nacionales surgieron antes entre comunidades de inmigrantes que entre los habitantes que permanecieron en el país de origen<sup>36</sup>. Por lo demás esa imagen unitaria de los italianos fatigosa y lentamente construida pronto se desestructuró en una pluralidad de percepciones que contenían elementos valorativos distintos y aún opuestos; el término *italiano* se convertiría así en una noción ambigua que serviría para designar identidades sociales diferentes.

Visto el problema desde la comunidad inmigrante, la culminación de la primera fase de la unidad italiana no disminuyó sino que incentivó las fricciones entre las distintas opciones políticas que pretendían monopolizar la representación de la *italianidad* en el Río de la Plata. El conflicto entre monárquicos y republicanos retrotrajo la situación al período precedente en el sentido de que los inmigrantes peninsulares podían nuevamente identificarse con un estado existente (el ahora reino de Italia) y girar en la órbita de las instituciones apadrinadas o promovidas por las autoridades diplomáticas, o, inversamente, sentirse parte de una Italia ideal distinta y políticamente opuesta al nuevo estado nacido en 1861. Identidad nacional concreta e ideal abstracta se combatirían ahora desde trincheras institucionales opuestas: el Consulado en Buenos Aires había promovido ya en 1861 la creación de una institución mutual opuesta a *Unione e Benevolenza*, la *Nazionale Italiana*<sup>37</sup>. Pronto nacerían en 1866 dos escuelas, una en cada una de las sociedades y en 1868 y 1870 dos diarios que respondían uno al grupo mazziniano-republicano (*La Nazione Italiana*) y el otro al monárquico moderado (*L'eco d'Italia*)<sup>38</sup>.

En menos de diez años emergían entonces no una sino dos comunidades en Buenos Aires, con su miríada de instituciones y con sus símbolos contrapuestos. En los ámbitos monárquicos flameaba la bandera de la casa de Saboya, se tocaba la Marcha Real y se conmemoraban con celebraciones el aniversario del Estatuto albertino y el día del nacimiento de Vittorio Emanuele. En los republicanos, en cambio, flameaba la bandera tricolor, resonaba el himno a Garibaldi y se realizaban celebraciones en recuerdo de las cinco jornadas milanesas y los aniversarios de Garibaldi y Mazzini. Pero si educación escolar y liturgia cívica fueron los instrumentos desde los cuales se construyó a los nuevos ciudadanos de los estados-naciones europeos en el siglo XIX<sup>39</sup>, difícilmente la situación existente en Buenos Aires favoreciera la autoidentificación plena de los migrantes con una identidad nacional.

La bifurcación de una Italia en dos puede percibirse también si uno analiza las

---

<sup>36</sup> Véase, por ejemplo, X.M. Núñez Seijas, "Emigración y nacionalismo gallego en Argentina, 1879-1936", ESTUDIOS MIGRATORIOS LATINOAMERICANOS, 5, 15-16, agosto-diciembre 1990, pp. 379-406; P. Magosci, "Made or Re-Made in America? Nationality and Identity Formation among Carpatho-Rusyn Immigrants and their Descendants", trabajo presentado en TENTH INTERNATIONAL ECONOMIC HISTORY CONGRESS, Lovaina, junio 1990, sesión C43.

<sup>37</sup> E. Cibotti, "Mutualismo y política en un estudio de caso. La sociedad *Unione e Benevolenza* en Buenos Aires entre 1858 y 1865", en F. Devoto y G. Rosoli (eds.), L'ITALIA NELLA SOCIETÀ ARGENTINA, Roma, CSER, 1988, pp. 253-257.

<sup>38</sup> F. Devoto, "La primera élite política italiana de Buenos Aires (1852-1880)", STUDI EMIGRAZIONE, XXVI, 94, junio 1989, pp. 182-183.

<sup>39</sup> M. Ozouf, L'ECOLE DE LA FRANCE. ESSAIS SUR LA REVOLUTION L'UTOPIE ET L'ENSEIGNEMENT, París, Gallimard, 1984; E. Weber, PEASANTS INTO FRENCHMEN, Stanford, Stanford University Press, 1976; B. Tobia, UNA PATRIA PER GLI ITALIANI, Bari, Laterza, 1991.

fuentes producidas por los grupos nativos. En este último caso, sin embargo, no se trata de la contraposición entre dos modelos político-ideológicos que postulaban las diferencias partiendo de la presunción de las semejanzas (ya que ambos proyectos se postulaban como continentes de todos los italianos). En la élite nativa surgía en cambio la idea de que existían por debajo de la unidad jurídico-política varias Italias y que algunas eran preferibles a otras; curiosamente se sentirá hablar más intensamente de las dimensiones regionales de los inmigrantes italianos luego de la unidad y no antes de ella. En este sentido, y si bien es evidente que vistos en conjunto, los italianos no eran percibidos como un grupo extranjero prestigioso<sup>40</sup>, ni como una inmigración prioritariamente preferible y que, para algunos escritores como Cané, incluso los ligures "eran más salvajes que los salvajes de las pampas"<sup>41</sup>, dentro de ellos los septentrionales eran juzgados mucho más favorablemente que los meridionales.

Por razones que es necesario investigar detenidamente, los inmigrantes del antiguo reino borbónico serán objetos predilectos de crítica, ironías y burlas en documentos oficiales o en la literatura. En el que luego se convertiría en el poema épico nacional, *Martín Fierro*, publicado en 1872, su autor construía una caricatura destinada a perdurar: el napolitano grotesco y llorón que figuraría como arquetipo negativo a contraponer a las virtudes del gaucho<sup>42</sup>. Mientras éste encarnaba las virtudes del coraje, la amistad, la generosidad y las habilidades con el caballo y para las tareas de campo, el gringo, simbolizado en el "papolitano" enganchado arbitrariamente para servir en las milicias de frontera ejemplificaría lo opuesto: egoísmo, cálculo, cobardía, torpeza. Es el mismo esquema que años más tarde, los hermanos Podestá (descendientes de genoveses) utilizarían en su popularísima versión para el circo de la novela de Gutiérrez, *Juan Moreira*. El gaucho Moreira tendría su contrafigura trágica y sórdida y regionalmente indeterminada (el pulpero Sardetti) en la novela, cómica y grotesca en la versión teatral, el payaso Cocolicchio que habla una extraña mixtura de español e italiano y de origen supuestamente calabrés<sup>43</sup>. Pero el estereotipo negativo de los meridionales tendría también una larga fortuna en las letras argentinas, desde la novela naturalista de la década de 1880, piénsese en figuras tan negativas como el sórdido hijo de napolitanos, Genaro, en *En la sangre* de Eugenio Cambaceres<sup>44</sup>, hasta el sainete y el grotesco.

Imágenes semejantes pueden rastrearse también en funcionarios del gobierno argentino, como el inspector de Colonias Guillermo Wilcken, preocupado por contraponer

---

<sup>40</sup> M.G. y E.T. Mulhall, *HANDBOOK OF THE RIVER PLATE*, B. Aires, The Standard, 1869, p. 16.

<sup>41</sup> Citado por N. Cuneo, op. cit., p. 215.

<sup>42</sup> J. Hernández, *MARTIN FIERRO*, B. Aires, EUDEBA, 1969, pp. 39-41. Que la imagen estaba muy extendida lo revela el encargado de negocios italiano Della Croce, en una carta al ministro de Relaciones Exteriores italiano, Visconti Venosta, donde observa que el tratamiento a los napolitanos se podía equiparar al que recibían los irlandeses en Londres o los gallegos en Lisboa. Cfr. ASMAE, Serie Política, *Rapporti in Arrivo*, Argentina, b. 1248.

<sup>43</sup> J. Podestá, *MEDIO SIGLO DE FARANDULA*, La Plata, 1930, cit. por V. Blengino, *OLTRE L'OCEANO. UN PROGETTO D'IDENTITÀ: GLI INMIGRANTI ITALIANI IN ARGENTINA*, Roma, Ed. Associate, 1987, pp. 140-141. Para V. Rossi, *TEATRO NACIONAL RIOPLATENSE*, B. Aires, Solar/Hachette, 1969, Cocolicchio tenía un origen napolitano; todo lo que revela hasta qué punto la imagen de los meridionales era confusa e indiscriminada.

<sup>44</sup> E. Cambaceres, *EN LA SANGRE*, B. Aires, EUDEBA, 1967.

la laboriosidad, pulcritud y buenos hábitos de los colonos piamonteses y lombardos con los defectos de los inmigrantes urbanos napolitanos<sup>45</sup>, o como el Comisario de Inmigración Carlos Calvo quien sugería la existencia de una estrecha correlación entre inmigración meridional y criminalidad en Argentina<sup>46</sup>.

Intentando precisar los orígenes de esta "Italofobia" argentina cuyo rasgo más original en términos comparativos<sup>47</sup> es su especialización regional deberían rastrearse tanto sus raíces locales como aquellas universales. Entre las primeras, las imágenes de las múltiples Italias que surgían de los relatos de viaje de argentinos célebres como Domingo F. Sarmiento o Juan B. Alberdi, empeñados ambos en comprobar las diferencias de civilización existentes entre las distintas partes de Italia<sup>48</sup>. Esas reflexiones no eran sin embargo novedosas, no hacían más que reproponer lo que muchos intelectuales italianos aún meridionales, habían sostenido en el pasado, basta pensar en las escalas civilizatorias propuestas por Antonio Genovesi<sup>49</sup>, o temas y mitos más generales procedentes de la literatura europea.

Sean cuales sean los orígenes de un conjunto muy difundido de estereotipos antimeridionales, que surgen antes de la inmigración de masas del sur de Italia a la Argentina y no contemporáneamente a ella, lo que interesa remarcar es cuánto ellos contribuyen a fragmentar la imagen de los italianos. En cierta forma las diversidades que emergen en la percepción que de los inmigrantes peninsulares tienen sea las élites italianas, sea las élites argentinas sugieren la complejidad del análisis de la *invención* de la etnicidad. Ante todo sugieren la necesidad de la utilización del plural y no del singular: *invenciones* de la etnicidad y no sólo sucesivas sino coetáneas. Invenciones que se nos presentan no ya como un espejo sino como fragmentos dispersos de un espejo, que nos hacen recordar, reiteradamente, acerca de las complejidades, ambigüedades, contradicciones de las imágenes polivalentes que nos reproponen. Debemos recordar también que los espejos, sean ensayos, textos literarios o periodísticos no nos autorizan a presuponer el éxito masivo de la construcción realizada por las élites. Intelectuales procedentes de la península, viajeros europeos, políticos y novelistas argentinos inventaron a los italianos. La pregunta acerca del modo como los inmigrantes anónimos recibieron, aceptaron, rechazaron, integraron esa construcción sólo puede ser respondida si logramos recuperar la demasiado a menudo inhallable opinión de ellos mismos.

---

<sup>45</sup> G. Wilcken, LAS COLONIAS. INFORME SOBRE EL ESTADO ACTUAL DE LAS COLONIAS AGRICOLAS EN LA REPUBLICA ARGENTINA, B. Aires, Imprenta Belgrano, 1873, pp. 297 y 311-312.

<sup>46</sup> MEMORIA DEL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES AL HONORABLE CONGRESO NACIONAL EN EL AÑO 1878, B. Aires, Tip. La República, 1878, pp. 266-267.

<sup>47</sup> R. Harney, "Italophobia: English-speaking malady?", STUDI EMIGRAZIONE, XXII, 77, marzo 1983, 6-43.

<sup>48</sup> D.F. Sarmiento, VIAJES POR EUROPA, AFRICA Y AMERICA, 1845-1847, en OBRAS COMPLETAS, V, pp. 230-309; J.B. Alberdi, RECUERDOS DE VIAJE Y OTRAS PAGINAS, B. Aires, EUDEBA, 1962, pp. 40-41.

<sup>49</sup> A. Genovesi, SCRITTI, Turín, Einaudi-Classici Ricciardi, 1977, p. 151.